

Barroco y Contrarreforma.

Rota a comienzos del siglo XVI la unidad de la cultura cristiana, la visión católica del mundo se vió enfrentada a la idea protestante de una naturaleza humana culpable, condenada o salvada de antemano por la omnipotente y colérica voluntad divina. Ante la sombría y dura concepción de Lutero o de Calvino, un español, Ignacio de Loyola, alzó la bandera de la voluntad humana capaz de redimirse de la culpa originaria gracias a las buenas obras y a la libertad del hombre. Pero como suele ocurrir en la historia, algo pasa del uno al otro de los adversarios en la lucha de las ideas. Es el fenómeno que se observa en el movimiento español de la Contrarreforma. El pesimismo de la visión protestante de la naturaleza humana no se combate con una concepción optimista, sino con una doctrina un poco ecléctica y maniquea en que aparecen por igual la idea de la culpabilidad, de la naturaleza proterva del hombre y la posibilidad de su redención por las obras. El resultado fue la aparición de un misticismo activista que recuerda siempre al hombre la existencia del pecado pero lo invita a combatirlo por medio de la milicia cristiana. Las visiones místicas de San Ignacio y las descripciones que nos da en sus Ejercicios de las penas eternas del infierno, reforzaron la psicología intensamente religiosa del español y le infundieron nuevas y apasionadas formas de expresión. El barroco con su pintura patética, su arquitectura elocuente y deslumbrante y su poesía cargada de metáforas también patéticas y amaneradas, como se da, por ejemplo, en nuestro Domínguez Camargo, fué el precipitado en el mundo de las formas de ese movimiento espiritual.

La cultura que empieza a constituirse a comienzos del siglo XVII en México, Lima, Quito y Santa Fe entre la naciente población criolla y mestiza es un retoño de la cultura española y por eso posee los mismos valores, con las transformaciones y aculturaciones que le introdujeron las culturas indígenas en grados diferentes según su fuerza, grande en México y el Perú, débil en el Nuevo Reino de Granada. Es por lo tanto una cultura profundamente religiosa,

1. V. Weissbach, *El barroco arte de la Contrarreforma*, Madrid, 1942. Rene Hocke, *Manierismo. Manera y manía en el arte europeo*, Barcelona, 1960.

una cultura que podríamos llamar teocéntrica. Lo fué con mayor fuerza todavía en América porque aquí el criollo, el mismo español residente y el mestizo (el indio seguía todavía viviendo en su mundo cultural prehispánico) no tenían ni las preocupaciones ni los conflictos con el mundo externo que tenía el español peninsular. Menos aún los que tenía el hombre europeo donde había surgido la cultura del Renacimiento. Ni el afán de goce de la vida, ni el lujo, ni la pretensión de dominio sobre la naturaleza que daba nacimiento a la ciencia moderna, ni los conflictos que ésta planteaba las conciencias piadosas, ni las luchas políticas entre la Iglesia y el Estado inquietaban al hombre que empezaba a pensar y a vivir culturalmente en América. Los criollos y mestizos de fines del siglo XVI y del siglo XVII, en el Nuevo Reino de Granada, los contemporáneos de Rodríguez Freile, de Domínguez Camargo o de Sor Francisca Josefa de la Concepción, vivían quizás en el mundo extraño de la vida indígena, en la inseguridad ante una naturaleza exuberante y misteriosa, en pobreza y precariedad de vida, pero no tenían dudas sobre a quién servir, ni sobre a quién acudir en caso de conflictos morales. Vivían seguros de la razón de ser de la monarquía, seguros del valor de la tradición, y sobre todo, seguros de su fe religiosa, ciertos de la justicia y bondad de Dios. Sus preocupaciones dominantes eran la conservación de la honra y la preparación para la otra vida. Tampoco llegaba a la aislada Santa Fe, ni a las ciudades del Nuevo Reino como Popayán o Cartagena la intensa corriente de libros y las activas influencias de pensamiento que conducían, p. e., a Sor Juana Inés de la Cruz en México, a precuparse por la obra de Descartes y por la nueva filosofía científica.

Religiosa, escolástica y filológica, la incipiente cultura neogranadina correspondía a lo que era la sociedad de mediados del siglo XVII. La población, indígena en su mayoría, vegetaba en una precaria situación de tránsito. Había perdido su cultura originaria y aún no había asimilado la nueva de los conquistadores, aunque era ya formalmente católica y hablaba la lengua española. El grupo criollo y el mestizo que estaban llamados a ser la columna central de la sociedad que se gestaba, eran todavía muy débiles y sobre todo el mestizo carecía aún de formas culturales y sociales definidas. Era un "tente en el aire", como lo decía la gráfica expre-

sión del lenguaje colonial de las castas étnicas, para significar la situación de inestabilidad social y psicológica de aquellos grupos mezclados que no pertenecían ni al indígena, ni al negro, ni al blanco de los criollos y españoles que tenían su puesto bien determinado en la sociedad.²

El desarrollo urbano, la ciudad, que aquí como en todas las naciones y pueblos ha sido la cuna de la alta cultura, apenas comenzaba. Hacia fines del siglo, Santa Fe, según la descripción de Piedrahita, tenía unos tres mil vecinos —españoles y criollos— y cerca de diez mil indios. En la ciudad, a más de una nutrida burocracia hay tres colegios donde se educa una juventud poco inclinada al estudio de la medicina y las leyes, como sucede en Lima y México, y en cambio muy dada a la sagrada teología, la filosofía y las letras humanas “que son las ciencias a que más se aplican los que nacen bajo su clima”. Tiene también —agrega el cronista— una hermosa catedral y más de doscientas ermitas, capillas y oratorios, que es la prueba más clara del religioso afecto de sus moradores.³

Para la misma época Cartagena y Popayán habían alcanzado un grado de desarrollo urbano que nos permite clasificarlas como ciudades dentro de los niveles de poblamiento del continente. En éllas y en Santa Fe hay ya una arquitectura religiosa y profana en que mora una población civil, además de una burocracia que en Santa Fe y Cartagena es numerosa (oidores, gobernadores, capitantes, generales, jueces ordinarios y del Santo Oficio) y una no menos numerosa población eclesiástica que ha construído sus conventos, colegios, capillas y catedrales. En esos tres núcleos de población, sobre todo en la burocracia y el clero se pone en función y empieza a cultivarse la cultura recién llegada. Funcionarios y clérigos, o discípulos de cléricos serán los miembros de nuestra primera **inteligencia** y la cultura tendrá como función manejar las relaciones jurídicas del naciente estado y de la naciente sociedad y responder a las solicitudes de conciencia que serán las relacionadas con la

2. Jaime Jaramillo Uribe, *Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII*, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, N° 3, Bogotá, 1963.

3. Lucas Fernández Piedrahita, *Historia General del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1881, pp. 146/48.

salvación del alma y con la expresión de los sentimientos íntimos de amor hacia los semejantes y hacia una naturaleza que empieza a dejar de ser amenazante y comienza a ser hechura del hombre en las formas arquitectónicas y en el paisaje. Por eso el derecho, la plástica y la poesía, serán las primeras manifestaciones —y casi las únicas— de la cultura en este primer momento de nuestra historia intelectual y sus hombres representativos funcionarios, cléricos y poetas prendidos todavía a España y su cultura contrarreformista, pero imbricados ya en un mundo que comienza a entrar en su morada interior, en su conciencia.

Podemos, pues, hablar de un pensamiento neogranadino cuando los primeros criollos, es decir, los primeros españoles nacidos en el suelo de lo que hoy es Colombia se expresaron sobre temas referentes al mundo, al gobierno, al hombre, a la naturaleza o a Dios. Tal hecho se produce cuando Juan Rodríguez Freile (1566-1640) escribe su *Cárnero*, crónica, que pretende ser historia de los sucesos de la conquista y colonización del Nuevo Reino. Hijo de españoles llegados a Santa Fe con el primer arzobispo del reino, Fray Juan de los Barrios, escribió en la vejez, con plena conciencia del deber que tenía de no dejar las cosas de su patria sepultadas en las tinieblas del olvido, según decía en la introducción de su libro.

Pero Rodríguez Freile no es sólo el cronista de hechos heroicos o de la vida cotidiana de la ciudad de Santa Fe a comienzos del siglo XVII; es también un ingenio culto, que salpica su relato picaresco con reflexiones morales, teológicas y políticas. Tiene ya de común con los hombres de la época de la Contrarreforma la preocupación casi obsesiva por el más allá y entronca con la tradición ascética y senequista de España. A través de las páginas generalmente picantes de *El Cárnero*, el lector encontrará pensamientos sobre la mujer, el mal, el mundo como tentación y posibilidades de perder el alma y alusiones permanentes a la Biblia, a San Agustín y a Séneca:

El mundo le ayuda con sus pompas y vanidades, malicias codicias y malos tratos, y con todos los poderios suyos en orden a dañar al hombre para que pierda el alma. Ama el mundo a sus mundanos, como el lobo al carnero, para tragárslos y destruirlos y dar con ellos en el infierno. La amistad del mundo

no es otra cosa que pecado y fornicación como dice San Agustín, y es tan pobre que para dar a uno ha de quitar a otro, matándole, desheredándole al que muere y enriqueciendo al que vive. Huir del mundo es huir el hombre de sí; huir de sí es vencerse a sí; vencerse a sí es gloriosísima victoria; de donde se sigue que huir del mundo es el más excelente de los triunfos⁴.

La segunda mitad del siglo XVII ve aparecer tres figuras de primera importancia en el campo de la literatura y la mística. Son los poetas Hernando Domínguez Camargo (1606-1659), la monja Sor Francisca Josefa de la Concepción (1671-1742) y Francisco Alvarez de Velasco (1671-1704).

Los tres son vástagos americanos del barroco y la Contrarreforma. Su pensamiento es esencialmente religioso, está vuelto hacia los temas de la salvación, las relaciones con Dios y los problemas de la vida moral. La naturaleza, el amor mundial o los sentimientos personales hacen solo ligeras apariciones en los pocos poemas líricos que escribió Domínguez Camargo y en los elegíacos de Alvarez de Velasco. El primero nos dejó un largo canto a San Ignacio, donde se muestra como fiel militante de la compañía de Jesús y fervoroso defensor de la ideología de la Contrarreforma. Con su peculiar estilo gongorino y barroco combate con ardor la herejía en cabeza de Lutero:

Oh! pecho del infierno abreviatura,
taller que naves concedió al pirata,
inmundo lupanar, donde la impura
doncella del Eno no se recata,

.....

Aqueste pues dragón, que coronado
infestó la Alemania con pié lento,
al de la Iglesia se caló sagrado,
desatando en sus dogmas el violento
tóxico, cuyo anhelo venenando,
ninguno ha perdonado sacramento⁵.

Francisco Alvarez de Velasco es un poeta de ideas ascéticas, cu-

4. Juan Rodríguez Freile, *El Carnero*, Bogotá, 1935, p. 226.

5. Hernando Domínguez Camargo, *San Ignacio de Loyola. Poema Heróico*, Bogotá, 1959, p. 314.

ya obra **Ritmica Sacra, Moral y Laudatoria**, es una continuada meditación sobre la vanidad del mundo, la indigencia de la vida terrena y la plenitud del alma que sólo se alcanza con la muerte y la salvación:

No en el mundo, que dá, por luces, humo;
 Sed, por agua, en sus golfos lisonjeros;
 Sino en Dios, y no más que es el bien sumo;

 Si deseas los deleites, la grandeza;
 Las honras, la hermosura y la riqueza,
 Es un deseo muy justo,
 Haces bien, apláudote el buen gusto;
 Pero no el que lo busques en el mundo,
 Que no es su lugar ese, y es mal juicio,
 Salirse del palacio, vagabundo,
 A buscar el deleite en el suplicio⁶.

Para este poeta los únicos temas dignos del canto son los religiosos y morales. Así lo expresa en las palabras preliminares de su obra, que dicen: "...Después de mi mayor edad, advirtiendo que la armonía de las consonancias debía sólo servir, como en los templos los órganos, para las divinas alabanzas, y cuando más otros asuntos morales y panegíricos, me dediqué solo a componer asuntos sacros, de que pude ajustar las obras que te ofrezco en este libro, para así también lo que tuviese de desabrida mi pluma se endulzase con lo noble de los objetos"⁷.

Sor Francisca Josefa de la Concepción, llamada en la historia literaria de Colombia, la Madre Castillo, escribió, a más de su autobiografía, una importante obra de carácter místico, **Afectos Espirituales**, inspirados en la atmósfera que creó la Contrarreforma y directamente en el pensamiento y el estilo de Santa Teresa. También en ella domina la obsesión de la muerte, el sentimiento de la pecaminosa naturaleza humana y la esperanza de la salvación que le es otorgada a toda criatura. No sólo sus temas sino también su

6. En la edición de la obra completa de Francisco Alvarez de Velasco que prepara el Instituto Caro y Cuervo. Este y otros poemas, no figuran en los textos que publicó Gómez Restrepo en su *Historia de la Literatura Colombiana*.

7. Gómez Restrepo, *Historia de la Literatura Colombiana*, Bogotá, 1945, Vol. I, p. 150.

estilo plástico y dramático, reflejan el espíritu religioso y barroco que pasaba de España a América:

El hombre, no es aquel desterrado del Paraíso, ...No, es aquel viandante pasajero que anda su camino al paso del día y de la noche... No es el que nace como flor y se cae como sobra... No es el que del sepulcro del vientre salió para el sepulcro de la tierra, donde deshecho en polvo y vuelto en corrupción, será espanto de los unos, dolor de los otros, y olvido para todos con el tiempo?...^{8.}

Otros escritores del Siglo XVII y comienzos del XVIII confirman esta línea de pensamiento, exclusivamente religioso, que domina en la cultura neogranadina como un reflejo de la cultura española. Así como el pensamiento religioso español del siglo XVII abunda en guías espirituales, también los togados neogranadinos hacen su contribución a la **devotio cristiana** y la **imitatio Cristi**. El Jesuita Juan Ríbero escribe su **Teatro del Desengaño** y su correligionario don Juan Bautista de Toro El **Segular Religioso**, tratados para uso del buen cristiano que busca su salvación.

Así se cierra el Siglo XVII, prolongando sus luces hasta muy avanzado el XVIII. Educados en universidades y colegios de Jesuitas y dominicos, los neogranadinos cultos se mueven en un mundo teocéntrico, reflejo del espíritu español de la Contrarreforma. Pero siendo retoños de la cultura hispánica, son perfectamente conscientes de ser americanos y en ellos comienza a despertar una conciencia nacional. Cantando a Cartagena de Indias, Domínguez Camargo habla de “nuestra América”:

Esta de **nuestra América** pupila,
De salebrosas lágrimas bañada,
que al mar las bebe, al mar se las destila
De un párpado de piedra bien cerrada ^{9.}

Y Francisco Alvarez de Velasco dedica unas endechas a Sor Juana Inés de la Cruz —de quien al parecer estuvo enamorado platónicamente— en que loa la obra de la poetisa mexicana por la honra que dan sus obras a “aquesta tierra fértil”. Una de ellas, con

8. Sor Francisca Josefa de la Concepción, *Afectos Espirituales*, Bogotá, 1956, 1 Vol. p. 263, afecto 79.

9. Domínguez Camargo, *Obras*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1960. p. 391.

inequívoca referencia a la concepción mitológica que de América tuvo la literatura barroca europea, dice:

Que no son caos las Indias,
Ni rústicos albergues,
De ciclopes mostruosos,
Ni que en éllas deberas el sol muere¹⁰.

La Ilustración

A partir de 1750 se verifica en la cultura neogranadina una transformación semejante a la que sufría el espíritu occidental desde que apareció la ciencia moderna. La tradición, representada por la filosofía escolástica y el señorío de Aristóteles es objeto de agresiva crítica por parte de los criollos cultos que comenzaban a leer subrepticiamente a los pensadores enciclopedistas y por los mismos virreyes que representaban en América el espíritu renovador de la España borbónica de la segunda mitad del siglo XVIII¹¹. Además de Montesquieu, Buffon, Filangieri, y otros escritores ilustrados, en Santa Fe se lee a los ilustrados españoles como Feijoo y Jovellanos. La filosofía escolástica es calificada en los escritos y documentos de la época de "pestilente espíritu del peripato" e "inútil gerigónza"¹². En 1774, después de haberse expulsado a los Jesuitas de los dominios de América, el virrey Guirior intenta organizar una Universidad pública con un nuevo plan de estudios cuya redacción encomienda al criollo Francisco Antonio Moreno y Escandón, fiscal de la Real Audiencia de Santa Fe, natural de Mariquita, que había viajado a España de donde, regresó impregnado del espíritu que comenzaba a reinar en los medios intelectuales de la metrópoli. El Plan de Moreno era todavía tradicionalista, pero contenía elementos que lo acercaban al pensamiento

10. Gómez Restrepo, Op. Cit. p. 166.

11. Jean Sarailh, *La España Ilustrada de la segunda mitad del Siglo XVIII*, México, 1957, para la vida cultural. F. Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1966, para los aspectos administrativos, políticos y económicos.

12. Jaime Jaramillo Uribe, *El Pensamiento colombiano en el Siglo XIX*, Bogotá, 1963, Cap. XX.

moderno. Aconsejaba reemplazar la física escolástica por la de Newton, abandonar el espíritu dogmático y reemplazarlo por el examen del pensamiento de los diversos autores católicos para concluir conforme a la razón¹³.

Esta transformación radical del pensamiento que apunta en la capital de la Nueva Granada y en todas las metrópolis americanas se produce como resultado de los cambios que introducía la monarquía borbónica en la vida española de la segunda mitad del Siglo XVIII. Dicha transformación, como sabemos, tiene el sello del afrancesamiento, lo que en la época quería decir cultura ilustrada y política cultural ilustrada, es decir, basada en el conocimiento de la ciencia moderna y en sus métodos de investigación. Tal giro del pensamiento no se producía en la metrópoli y en las colonias por prurito de imitación, ni por perversidad de los espíritus o degeneración de las costumbres, sino que obedecía a necesidades internas de la política y el desarrollo social. España era todavía una de las tres potencias dominantes en el Siglo XVIII y como tal se veía compelida a combatir en el campo militar y en el terreno de la componencia económica a las dos grandes naciones rivales, Inglaterra y Francia, que habían entrado ya en plena revolución industrial moderna mediante el dominio de la técnica y la ciencia.

Los cambios introducidos por los reyes borbones en la segunda mitad del siglo, en la organización del estado (régimen de intendencias y mayor centralización), en la educación (introducción de las modernas ciencias físico-matemáticas) y en la economía (nuevos planes de explotación racional de los recursos naturales y cambios en la técnica) tenían ese propósito. Representaban el último esfuerzo de España por mantener su calidad de gran potencia. Como sabemos se realizó sin éxito. O por lo menos con sólo éxitos parciales, pues aunque España perdió la batalla del poder a la escala mundial —la pérdida de sus colonias fue solo un episodio de ella— ese postre esfuerzo de la monarquía dejó sus huellas perdurables en América. El siglo XVIII es un siglo constructivo y de grandes cambios sociales en las colonias. Lo es el campo del urbanismo, de la arquitectura civil, militar y religio-

13. *Ibidem*, pp. 365 y 55.

sa, lo mismo que en el plano de la economía y la cultura. En ninguna forma es en la historia de América un período de decadencia.

La segunda fuerza motora del cambio en la Nueva Granada era de carácter interno. Estaba representada por factores demográficos, sociales y económicos que llegaban entonces a tener suficiente consistencia y densidad para que en el Nuevo Reino como en otros territorios americanos se creara la conciencia de que aquí existía ya una nación capaz de gobernarse por sus propios medios. El desarrollo urbano y las transformaciones de la estructura social jugaron en esta ocasión como en el siglo XVII un papel decisivo. El proceso de mestizaje alcanzaba ya más de la mitad de la población, dentro de un desarrollo que era, en su género, uno de los más activos del continente. El Nuevo Reino tenía ya, según el censo de 1778 cerca de un millón de habitantes, de los cuales cerca del 80% eran blancos y mestizos¹⁴. La población indígena seguía en disminución, fuera por bajas tasas de natalidad, por alta mortalidad o por mestizaje, pero los otros grupos, particularmente el blanco y el mestizo mostraban una fertilidad demográfica considerable. Su participación en la estructura de la población era cada vez más creciente. Dentro de las escalas de la época, el desarrollo urbano había alcanzado cierto nivel. El país poseía un grupo de ciudades como Santa Fe, Cartagena, Popayán, Socorro, Cúcuta, Rionegro, donde el comercio era activo, donde se formaba una clase comerciante, donde funcionaba una compleja administración burocrática y aparecía una élite intelectual de elementos criollos y mestizos educada en las vetustas universidades coloniales, pero que había mejorado su preparación científica y su educación política por procedimientos autodidácticos, gracias al contacto con la cultura de la España ilustrada y con la cultura de Inglaterra y Francia lo que había sido posible en parte por el contrabando y en parte por la apertura hacia Europa que propició la política de los reyes borbones¹⁵.

14. Jaime Jaramillo Uribe, *Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII*, ed. cit.

15. Serrailh, op. cit.

En esta naciente mentalidad comerciante, germen de una mentalidad burguesa, empezó a darse el interés por el comercio de exportación y por el contacto con los grandes centros mercantiles del mundo. La realidad nacional empezó a pensarse en términos de análisis de los recursos naturales, objetivo directo de una empresa como la Expedición Botánica. A fines del siglo (1795), se crea el Tribunal del Consulado de Cartagena, lo que indica la importancia que habían llegado a tener el comercio como actividad y el grupo de comerciantes como categoría social. Esa mentalidad mercantil tuvo ya sus teorizantes y estudiosos, pioneros de la moderna ciencia económica como Pedro Fermín de Vargas, el mismo Nariño, Jorge Tadeo Lozano, José Ignacio de Pombo y Antonio de Narváez, cuyos informes, planes y estudios sobre la explotación de los recursos naturales del país implican ya una concepción cultural muy diferente a la que podía derivarse de la filosofía aristotélica, el latín y la filología. Implican ya la actitud de la modernidad, es decir, el fundamentar el saber sobre la base de la observación, la experiencia y la razón. Constituyen el paso de una educación fundada en la filosofía, la teología y el criterio de autoridad, a una cimentada en las ciencias naturales y positivas y en sus correspondientes métodos de conocimiento. La nueva conciencia cultural correspondía también a una sociedad con otras preocupaciones¹⁶. Aquella, la del barroco, era una sociedad preocupada con los problemas de la subjetividad, con interrogantes relativos a la salvación del alma, la relación con Dios y en cuanto a intereses terrenales interesada en el tejemaneje jurídico de las relaciones de los hombres entre sí y entre éstos y el Estado. La del despuntar de la modernidad fue la expresión de una sociedad que empezaba a incluir entre sus categorías de vida la riqueza, el bienestar, el cálculo y el dominio de la naturaleza. Representaba entre nosotros la etapa de la secularización de la vida que había empezado a vivir Occidente a partir del Renacimiento.

Para el sabio Caldas, interesado en el conocimiento de la naturaleza, en el estudio de la geografía nacional, en la clasificación

16. Pedro Fermín de Vargas, *Pensamientos políticos y memoria sobre la población del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1944. Antonio Nariño, *Vida y escritos del general Antonio Nariño*, Bogotá 1944. Antonio de Narváez y José Ignacio de Pombo, *Escritos de dos economistas coloniales*, publicados por Sergio Elías Ortiz, Archivo de la Economía, Banco de la República, Bogotá, 1,965.

y análisis de sus plantas, en las observaciones meteorológicas y obsedido por la pobreza de los habitantes del país y sus grandes problemas sociales, Reammur "observando las polillas y dándonos medios para defender nuestras telas de su voracidad, es más importante que Leibniz creando sistemas metafísicos¹⁷. Parodiaba el dicho de Campomanes, primer Ministro de Carlos III, quien había afirmado alguna vez que para el progreso humano era más importante el descubridor de la aguja que Aristóteles con todos sus sistemas filosóficos¹⁸. Para Caldas en materia de observación de la naturaleza no cuenta ya para nada la tradición, ni el criterio de autoridad:

Deponiendo todo espíritu de partido y toda autoridad, examinaremos con la sonda en la mano y siempre guiados por la antorcha de la observación, cual es el poder del clima, hasta donde llega su imperio sobre los seres organizados, dice en su **Ensayo sobre la influencia del clima sobre los seres organizados**. Y agrega ésto que habría sido impensable en el siglo XVII, en la época de la monja Castillo y de Alvarez de Velasco: la autoridad, desprovista de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Que hable Newton, que Saint Pierre halle armonía en todas las producciones de la naturaleza, que Buffon saque la tierra de la masa del sol; que Montesquieu no vea sino el influjo del clima en las virtudes y los vicios, en las leyes, en la religión y en el gobierno, poco importa si la razón y la experiencia no lo confirman. Estas son mi apoyo en materias naturales, como el código sagrado lo es de mi fe y mis esperanzas¹⁹.

Experiencia y razón en el estudio de la naturaleza; confianza en el saber del libro tradicional de los cristianos, la Biblia, en materias religiosas y morales. La antigua contraposición entre razón y fe despunta en la conciencia de este criollo neogranadino cuyo espíritu piadoso se veía ahora perturbado por la conciencia moderna de la naturaleza. La generación neogranadina formada en el ambien-

17. Caldas, *Semanario*, Bogotá 1942, Vol. I, p. 212.

18. En Sarrialh, op. cit. p. 186.

19. Caldas, op. cit. p. 137.

te de la España ilustrada de fines del siglo XVIII, no podría evadir la tendencia que se había presentado en el espíritu occidental, tendencia que produjo en Francia, sobre todo, la crisis de la conciencia religiosa y moral en que ha venido debatiéndose la sociedad moderna de occidente desde mediados del siglo XVIII. De aplicar la experiencia y la razón en el estudio de la naturaleza, se dió el paso inevitable de aplicarlas también a las verdades de la vida religiosa y moral y a todas las verdades. Ya no hubo territorios vedados a la razón y a la experiencia. En la misma forma que pudo construirse una ciencia basada en estos dos métodos, también se construirían una religión conforme a la razón y una moral basada en la experiencia y la observación. Surgiría una ciencia de las costumbres en contraste con la moral revelada²⁰.

El estudio sobre la influencia del clima en las costumbres y en la moralidad de los hombres, que siguiendo los pasos de Montesquieu emprendió Caldas, lo colocaron ante la evidencia del conflicto. Si la moralidad o inmoralidad de la conducta dependen de la latitud, del calor o el frío, como llegó a afirmarlo con cierta simpleza e ingenuidad en su **Ensayo sobre la influencia del clima en los seres organizados**, entonces no sólo quedaba en entredicho la moral tradicional, la perenne moral cristiana, sino también el concepto de responsabilidad del hombre por sus actos. Ante esta posibilidad el espíritu religioso de Caldas se detuvo y resolvió el conflicto con una declaración de ortodoxa fe religiosa. Respondiendo a las sagaces observaciones de su contemporáneo Diego Martín Tanco, decía:

Reconocer la influencia del clima, tocarla en todos los seres organizados que pueblan el globo, decir que la Nueva Granada presenta puntos ventajosos para observarla, que aquí basta recorrer diez y catorce leguas para ver los hielos de los países septentrionales o los ardores del Senegal, ¿es afirmar que la moral, que las nociones de lo justo y de lo injusto, grabadas profundamente por mano invisible en nuestros corazones pueden ser transformadas por el clima? ¿En qué lugar de mi discurso he dicho que el clima tiene tanto

20. Jaime Jaramillo Uribe, *Entre la historia y la filosofía*, Bogotá, 1968, p. 81 y ss.

influjo sobre el hombre que le quite la libertad de sus acciones? El clima influye, es verdad, pero aumentando o disminuyendo sólamente los estímulos de la máquina, quedando siempre nuestra voluntad libre para abrazar el bien o el mal. La virtud o el vicio siempre serán el resultado de nuestra elección en todas las temperaturas y en todas las latitudes. Demasiado sé que los principios de la justicia son eternos, que ninguna conversión, ningún ejemplo, ningún influjo los puede alterar. Sé también que para justificarnos no bastan la educación y los ejemplos: es necesario la **Gracia**. Pero un profano no puede en el Santuario, y esta materia, digna de Bossuet y Pascal, es demasiado sublime y está fuera de mi alcance ²¹.

El Romanticismo

Los años que corren entre 1810 y 1850 tienen menos interés desde el ángulo de la historia de la cultura, aunque tienen una enorme importancia para la historia política nacional, pues dentro de ese período se libra la guerra de independencia y se echan las bases de la organización institucional. Pero por las circunstancias mismas de estar el país ocupado, primero en librarse la guerra y luego en organizar el estado, la productividad cultural de este momento no tiene ni la brillantez ni la amplitud que tienen los dos momentos entre los cuales se sitúa como una época de transición: el de 1790 y el de 1850. La Ilustración y el Romanticismo. En el primero, como lo hemos visto, interrumpe entre nosotros el espíritu moderno, con su producto más característico, la ciencia. En el segundo nos inundan la influencia francesa y el pensamiento romántico.

En los años que transcurren entre las dos administraciones del General Santander, la influencia cultural más notable es la del filósofo inglés Jeremías Bentham. Admirado por Bolívar y espe-

21. Caldas, op. cit. pp. 139/40.

cialmente por Santander y los espíritus jóvenes que a éste rodeaban, como Vicente Azuero, Ezequiel Rojas y Diego Fernando Gómez y el mismo José Eusebio Caro, entonces adolescente; más filántropo que pensador profundo, sin fantasía, ni sentido estético, sin preocupación por la ciencia natural y padre de una concepción ética rudimentaria como el utilitarismo, la influencia de Bentham produjo quizás buenos abogados, pero nada más. El espíritu científico más bien retrocedió en aquella generación. La literatura no produjo en esos años nada notable, a no ser una bien intencionada pero mediocre poesía patriótica y política, como la de José María Salazar, Vargas Tejada y Fernández Madrid. Las artes plásticas apenas si existieron²².

Uno de los resultados de la Independencia desde el punto de vista de la historia de la cultura fue la apertura del país hacia afuera, es decir, la apertura hacia influencias distintas a la española. Tras los contactos políticos y comerciales que se iniciaron con Inglaterra y Francia, sobre todo, llegaron las nuevas influencias culturales. Se inició entonces lo que en algún ensayo nuestro hemos llamado el proceso de "desespañolización de la cultura". La generación de la independencia, por lo menos sus representantes más conspicuos, miró con especial simpatía hacia Inglaterra y su cultura. La misma influencia del benthamismo fue solo un aspecto de la influencia inglesa, que llegó a ser tan amplia, que don Rufino Cuervo pudo hablar con propiedad de la "anglomanía" de entonces²³. El periodo de 1840 a 1870, en cambio, es época de influencia francesa. Todo el movimiento cultural y de ideas a que da lugar la revolución de 1848 en Francia, movimiento romántico por excelencia, imprime su sello en la cultura de la Nueva Granada. Asegurada la independencia y echadas las bases

22. Sobre la influencia de Bentham, V. Jaime Jaramillo Uribe, *El Pensamiento colombiano en el siglo XIX*, ed. cit. cap. X. Sobre la literatura en la época, Gómez Restrepo, op. cit. ed. 1957, vol. III. Para las artes plásticas V. Eugenio Barney Cabrera, *Reseña del Arte en Colombia durante el siglo XIX*, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Nº 3, Bogotá, 1967. Gabriel Giraldo Jaramillo, *La Pintura en Colombia*, México, 1948.

23. Angel y Rufino J. Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, Bogotá, 1946, Vol. 1, pp. 26/27. En polémica con Florentino González, Manuel María Madiedo, decía al primero: "Poseido usted de una anglomanía particular quisiera que en su patria sólo se aprendiese la lengua e instituciones anglo-americanas". En *El Orden*, Marzo 6, 1853.

más o menos firmes de las instituciones políticas, rehecha la vida económica, la vida cultural tomó un amplio y vigoroso aliento no solo en Bogotá sino en los dos o tres centros urbanos del país más desarrollados, como Medellín, Popayán Cartagena. Llegaron entonces más libros del exterior, la prensa tomó un gran auge, las librerías se multiplicaron, los neogranadinos comenzaron a viajar más frecuentemente al exterior, especialmente a Francia, y los aires exteriores empezaron a ventilar los medios intelectuales. A pesar de la dificultad de los viajes y la lentitud de las comunicaciones, los movimientos de ideas europeas se hacían sentir en Bogotá a los pocos meses de producidos en Londres o en París.

La sociedad que solicitaba y asimilaba estas influencias también era otra. Las operaciones mercantiles de exportación e importación que empezaron a realizarse con Inglaterra, Alemania, Francia y otros mercados europeos habían fortificado el grupo comerciante que cada día pedía una mayor liberalización de la economía^{23a}. Esa sed de liberalización que compartían casi por igual las nuevas generaciones del naciente partido liberal y del igualmente naciente partido conservador creó el caldo de cultivo para el espíritu romántico, pues como lo afirmaba entonces Hugo, pontífice del movimiento, el liberalismo era en política lo que el romanticismo en literatura. En efecto, ambas fuerzas significaban liberación de energías individuales frente a los controles y formas canónicas impuestas por el estado en la política y por las academias en literatura²⁴.

Otro factor social igualmente propicio para el desarrollo de las ideas románticas en el campo político y social fue la aparición de los artesanos que hacia mediados del siglo comenzaron a ser un grupo social importante en las ciudades, con anhelos de participación en la vida pública, con sus características psicológicas de individualismo, ensueños fraternalistas y vagas formas de religiosidad. Todo en la sociedad —decía José Eusebio Caro en 1839, ob-

23a. Un esquema del impulso que tomó entonces el comercio de exportación e importación puede verse en Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia, Medellín 1955*.

24. Jaime Jaramillo Uribe, *Romanticismo y Utopismo en el pensamiento Colombiano del Siglo XIX*, en Revista Bolívar, NN. 57/58, Bogotá, 1960.

servando el ascenso del grupo artesanal—empieza a tomar un aspecto más democrático y uniforme. Los sastres y zapateros comenzaban a usar para sí las casacas y botas que antes sabían hacer para otros. Sus mujeres, por otra parte, a vestirse decentemente. Veíase ya con frecuencia a los hombres de ruana detenerse a leer un aviso, o en frente de un taller a leer un letrero²⁵.

Diez años después dan testimonio de la fuerza tomada por el elemento artesanal Salvador Camacho Roldán en sus **Memorias**, Aníbal Galindo en sus **Recuerdos**, Miguel Samper en sus **Escritos** y José Manuel Restrepo en su **Historia de la Nueva Granada**. Hacia 1850 la sociedad de Artesanos de Bogotá, que contaba cerca de 1.500 afiliados, era una fuerza política tan influyente como para decidir la elección presidencial de José Hilario López. Las Demócraticas de Bogotá, Cartagena, Cali y muchas otras ciudades del país llegaron a ser no sólo centros de agitación política, sino también organizaciones de ayuda mutua y tertulias literarias donde se leía y comentaba la literatura francesa de mediados del siglo.

Lo francés fue el signo dominante entonces, y dentro de lo francés la literatura romántica que llegó a su cémit en el 48. Sobre todo tres grandes figuras: Hugo, Lamartine y Sue, daban la orientación a la inteligencia neogranadina. Sus libros se leían aquí en conciliábulos políticos y en las tertulias hogareñas. Sus artículos periodísticos se reproducían en la prensa local y en los órganos de expresión de los nacientes partidos políticos, lo mismo en el **Neogranadino**, liberal, que en la **Civilización**, conservador. Libros como la **Historia de los Girondinos** de Lamartinne y **Los Misterios de París** y **El Judío Errante** de Eugenio Sue y más tarde **Los Miserables** de Hugo, circulaban de mano en mano a través de las librerías de arriendo y llegaban aún a las bajas capas de la población. No sería exagerado comparar la influencia de esta literatura y de estas obras, en aquel momento, con la que hoy tiene la literatura marxista como fuerza modeladora de las actitudes y opiniones de la gente corriente. Los granadinos destacados mantenían correspondencia con Lamartinne —que por lo demás cultivaba cuidadosamente su liderazgo y su público latinoamericano— y lo visitaban cuando viajaban a Francia. En su autobiografía, don Jo-

25. José Eusebio Caro, *Antología de verso y prosa*, Bogotá, 1951, p. 206.

sé María Samper, figura descollante entonces, nos ha dejado el testimonio de este fenómeno:

Mi antiguo maestro, el doctor Ezequiel Rojas, me había dado en Bogotá una excelente carta de introducción para M. de Lamartinne a quien yo ordientemente deseaba conocer de cerca. La gloria de este gran poeta y escritor, uno de los más notables e ilustrados del siglo, había sido para mi particularmente seductiva. Yo conocía todas sus obras y las leía y releía con encanto, y sabía cuán popular y admirado era entre mis compatriotas. Así, no tardé muchos días, después de mi instalación en París, en presentarme en casa de M. Lamartinne. Recibíome al punto el gran poeta y publicista, tratándome con majestuosa benevolencia, pues él era majestuoso en todo, y a poco de ofrecerme asiento me preguntó si en mi país estaban en paz, y luego, si las obras de él eran conocidas entre los neogranadinos. Por fortuna pude responderle afirmativamente, lo primero y en cuanto a lo segundo, dijele, conforme a la verdad, que él era inmensamente popular con Victor Hugo y Alejandro Dumas) en toda la América española; que su admirable Historia de los Girondinos había producido prodigiosos efectos, y que entre nosotros el Teléma-co de Fenelon y el Viaje a Oriente del mismo M. Lamartinne, eran los libros favoritos con cuya lectura apredimos a traducir francés²⁶.

Sobre la avasalladora influencia de Victor Hugo escribía un crítico de la época: Víctor Hugo es hoy para la escuela liberal una especie de ídolo ante el cual se postra y adora. Lo dijo Víctor Hugo, exclaman, y es como si hubiera hablado el oráculo. Y Victor Hugo dice lamentables cosas en verso y cosas mucho más lamentables en prosa, en lo cual no influye la edad, pues las dice hoy de ochentón, lo mismo que las decía antes de joven²⁷.

De la amplia gama de manifestaciones que tuvo la influencia romántica francesa en la coyuntura cultural de 1850, las más des-

26. José María Samper, *Historia de una alma*, Bogotá, 1948, Vol. 1, p. 187.

27. *La Caridad*, Nº 13, Bogotá, Agosto de 1872. A juzgar por el estilo y la orientación de las ideas, el artículo denominado *Victor Hugo*, de donde se toma la frase, pudo ser de Miguel Antonio Caro.

tacadas se dieron sin duda en las actitudes y en el pensamiento político y en este campo particular, dos conceptos, muy característicos del romanticismo político y social, tuvieron especial fuerza sentimental y por lo tanto especial poder de influencia práctica. El uno fue el concepto de **pueblo**; el otro la interpretación romántica del cristianismo como una religión popular de oprimidos y la figura de Cristo como la de un líder popular de los desheredados. La idea del pueblo llegó entonces a convertirse en un verdadero mito. Fue uno de los mitos románticos. En el vocabulario político de la época de la independencia apenas si aparece fugazmente en los artículos de Nariño, casi nunca aparece en los documentos de Bolívar o Santander. En 1850 el ambiente era otro en Europa y los reflejos del giro que tomaba el pensamiento político europeo se hicieron sentir entre nosotros a través del más influyente de los movimientos de ideas de entonces: el romanticismo político francés. El movimiento socialista, antes de Marx, no era sino una variante del romanticismo. Y Víctor Hugo, en este campo como en el de la poesía, fue uno de los grandes forjadores de mitos sociales. En **Ruy Blas**, había escrito:

El pueblo, que posee porvenir y que no tiene presente: **el pueblo** huérfano, pobre, inteligente y fuerte; colocado en lo bajo, y aspirando a lo alto; que lleva sobre los hombros la marca de las servidumbres y en el corazón la premeditación del genio; **el pueblo**, criado de los grandes señores y amoroso en su miseria y aflicción, es la única figura que en medio de esta sociedad desecha (*écroulée*) representa para el porvenir un divino resplandor, la autoridad, la caridad, la fecundidad: **el pueblo** es Ruy Blas²⁸.

Una de las manifestaciones de esta idea del pueblo fue la importancia que adquirieron en la literatura (que entonces, más quizás que ahora, era una gran fuerza formadora de opinión política) los seres desgraciados. El mismo Hugo había dicho en **Las Contemplaciones**:

Yo he rehabilitado el Buffon y el histrión
Todos los condenados: Tribulet y Marion,

28. En Máxime Leroy, *Histoire des Idées Sociales en France*, París, 1954, vol. 111, p. 197.

El lacayo, el forzado, y la prostituta
Yo me he inclinado ante todo lo doliente...²⁹.

Lo mismo ocurre en la literatura romántica colombiana del 50 y años siguientes. El huérfano, el presidiario, el mendigo, la mujer desgraciada (la mujer caída), el esclavo, son los temas favoritos de poetas como Madiedo, José Joaquín Ortiz, Gutiérrez de Piñes, Joaquín Pablo Posada, Ricardo Carrasquilla, y muchos otros. Es todo un universo poblado de desechos sociales. Pero ninguno trata el tema, como se trataría hoy, en revolucionario. Se trataba con pathos románticos. Porque estos seres no se presentan como rebeldados contra la sociedad, sino como seres resignados, que con su resignación y tragedia aseguran su salvación en la otra vida y su predilección de Dios. En contrapunto con esta idea, también aparece la figura del rico que lleva la mejor parte en esta vida, pero pierde la partida en la otra. En su poema **Pijama para los niños**, escribía un poeta anónimo:

Es más fácil que un borrico
Pase sin volverse cojo
De una aguja por el ojo
que el que al cielo vaya un rico.

El poemita termina recomendando al rico ejercer la caridad para obtener la gratitud del pobre "porque sólo la oración del pobre agrada a Dios"³⁰. Y otro autor, también anónimo, en el periódico *El Orden*, terminaba un largo poema dedicado a exaltar al pobre y vapular al rico, con la siguiente estrofa:

Ni el tamaño del dinero
Ni los bultos de diamante
Ni la voz altisonante
Del filósofo parlero
Ni los cánticos de Homero
Ni las leyes de Platón
Ni el ardor de Napoleón
Nada de eso a Dios complace,

29. *Ibidem*, p. 192.

30. En *La Caridad*, N° 34, mayo 19. 1865. El poema fue escrito probablemente por José Joaquín Ortiz.

Cuando sí le satisface
del Humilde la oración³¹.

De las obras de Saint-Simón (El Nuevo Cristianismo), Fourrier, Sue, Lamartinne, Hugo, se tomó la idea de un cristianismo primitivo, simple, no adulterado por los intereses mundanos, como religión de pobres y oprimidos. La idea, como se sabe, ha manifestado un activo poder revolucionario y mesiánico en la historia de los pueblos occidentales desde la época de las herejías, hasta la Reforma y la época romántica y todavía hoy continúa teniéndolo. Sería interminable la citación de testimonios que muestran la fuerza y la presencia que esta idea tuvo en el pensamiento político neogranadino del 850. Baste recordar que esa interpretación formó la base doctrinaria de una de las ramas del naciente partido liberal colombiano. En efecto, el nombre de gólgotas que se dió en aquel entonces al ala radical del liberalismo se debió a sus permanentes referencias al evangelio, a Cristo y al cristianismo como fundamento de sus tesis sociales y políticas y como arma para combatir lo que hoy podríamos llamar el cristianismo oficialista.

He aquí como comentaba, en tono irónico, un periódico de Bogotá el discurso pronunciado en la Escuela Republicana por uno de los líderes de tal tendencia:

Lamartinne había dicho: El cristianismo es democrático, el evangelio es republicano, y de esta idea y de otra máxima del filósofo que daba a la moderna civilización como base la peana de la cruz arrancaron en los labios de nuestro Verniau aquellas monstruosas imágenes que como el águila, no bajan jamás de las encumbradas regiones. El Gólgota, colina del Asia, fue arrancada de cuajo, como dice la escritura, por una voz atrevida desde la tribuna de la Escuela Republicana y trasplantada al salón de grados de Bogotá, convirtiéndose entonces en un nuevo Sinaí... El Gólgota vino a ser entre los inspirados románticos lo que había sido el Parnaso para los clásicos. Jesucristo llegó a verter mendigos de sus ojos lacrimosos, y la Biblia se vió entonces sembrada de pá-

31. *El Orden*, N° 8, enero de 1853. Posiblemente el autor fue Manuel María Madiedo, que por entonces escribió en prosa y verso sobre temas semejantes en el mencionado periódico.

ginas de diamante, con rubíes por renglones y granate por caracteres³².

La ola romántica se prolongó con vigor hasta 1870 aproximadamente y quizás no ha desaparecido del todo todavía. De ahí en adelante nuevos influjos orientaron el pensamiento colombiano. La influencia inglesa, con el positivismo spenceriano a la cabeza, tomará de nuevo la preponderancia. Las ciencias naturales, olvidadas dentro del turbión romántico del 850, se benefician del nuevo espíritu pragmático que tiene uno de sus centros en la naciente Universidad Nacional, con figuras como Manuel Ancízar, Liborio Zerda y Garavito. Las mismas disciplinas culturales como la crítica literaria y la filología, con Caro y sobre todo con Rufino J. Cuervo y Ezequiel Uricoechea, la Sociología y la Economía con Camacho Roldán Núñez y Miguel Samper, comienzan a trabajar con el método científico y a beneficiarse con el espíritu pragmático anglosajón, más acorde que el espíritu francés con las nuevas necesidades de un país que en las últimas décadas del siglo comenzaba a pensar ya en términos de desarrollo industrial y más eficaz para una élite burguesa que empezaba a madurar en Bogotá y en otras ciudades del país. Y así termina nuestro fecundo, inestable y discutido siglo diecinueve y entramos en la época presente.

32. *El Neogranadino*, Nº 284, noviembre 26 1853.